

Entrada desde la Perspectiva de la Oración El Padre envía a su hijo para salvar



A lo largo del Camino del Corazón, con menor o mayor consciencia, hemos reconocido y aceptado que nuestra manera de ser, actuar, en definitiva, de vivir, ha ocasionado dolor a otros y en nosotros mismos. No es fácil erradicar una actitud o manera de proceder, pero si dejamos a Dios entrar en nuestra vida, poco a poco, iremos recuperando la semejanza con el Hijo que hemos perdido a causa de nuestros desórdenes interiores, de nuestro pecado. Nosotros somos amados por un Dios que nos invita a dejarnos amar y salvar. Así es como se inicia el camino de conversión y transformación interior. Dios quiere amarnos y salvarnos, el Hijo vino para salvar a los que estaban perdidos. La buena noticia es que el amor ofrecido es sin límites. Es un amor gratuito. Ante Jesús no puedo más que callar, dejarme amar y perdonar. Debo mirarme desde su mirada para aceptarme y reconciliarme con mi pequeñez y fragilidad.

Jesús viene a revelarnos el proyecto de misericordia que su Padre tiene para el ser humano y la creación entera. Es su plan de amor recuperar nuestra amistad. Dios Padre quiere y procura nuestra amistad, y de nuestra parte cabe disponernos a encontrarnos con Él y dejarnos alcanzar por Él. Su amor y misericordia ordenan y devuelven la vida a todos los rincones de nuestro ser. La experiencia de la reconciliación nos hace experimentar una necesidad vital de transformación. Su amor misericordioso sitúa nuestro amor humano dentro de un proceso de reconfiguración a la imagen de Su Amor. Es un proceso personal que comúnmente llamamos «conversión del corazón». La gracia de Dios requiere de nuestra colaboración, de nuestra confianza y de nuestra esperanza para restaurar la belleza del ser humano plasmada en su interior desde su creación. Este camino de conversión del corazón, de la sanación del amor, de la restauración del ser humano encontrará sin lugar a duda impedimentos y obstáculos que no deben hacernos olvidar la iniciativa de Su amor y misericordia. Es muy importante comprender que Dios no se tiene que sobreponer de las ofensas que ha recibido para perdonar porque sencillamente, perdonar le produce alegría, desea profundamente hacerlo.

Él se goza en su perdón, se alegra de recrearnos en su amor. El amor del Padre muestra su gratitud y profundidad en el perdón. Jesús, en las parábolas de la misericordia, nos revela al Padre como aquel que se alegra al recuperarnos de la muerte que produce el pecado. El núcleo de la parábola del Padre Misericordioso (Evangelio de Lucas cap. 15), por ejemplo, es la alegría del Padre al abrazar al hijo que regresa a la casa. Es la alegría que no puede contener y lo desborda la que lo hace salir al encuentro de su hijo y besarlo. Dios Padre, cuando perdona, dignifica y devuelve la vida.

El Padre Bueno nos recibe con nuestras manos llenas de restos y despojos, de heridas sufridas y causadas a otros. Nos presentamos conscientes del daño que hemos hecho y nos hemos hecho. Nos presentamos ante el Padre porque aceptamos que hemos pecado y porque confiamos en su misericordia. Al dejarnos abrazar por Él nos abrimos al arrepentimiento y el perdón.

Cuando existe una falsa conciencia del daño que hemos ocasionado y nos hemos infringido tendemos a girar sobre nosotros mismos y terminamos realizando un monólogo en nuestra mente. Sin embargo, cuando existe una consciencia de culpa auténtica, nos abrimos al diálogo que libera y al abrazo del Padre.

El que ha experimentado el perdón vive de otra manera, se relaciona con Dios, con los demás, consigo mismo, con la creación, de un modo nuevo. El que ha experimentado la reconciliación no vive en el temor del posible quiebre de la propia imagen, de mostrar su debilidad, de salir perjudicado, de perder dignidad. Se relaciona

con los demás con una libertad nueva que surge de la convicción de ser acogido y perdonado por el Padre. El hombre que se deja abrazar por el Padre puede experimentar el amor gratuito y fundante de Dios, y puede ofrecerse como colaborador en la construcción de un mundo más de acuerdo con el proyecto del Padre. En pocas palabras, humaniza el entorno que le toca vivir.

Te proponemos en este paso del Camino que consideres el perdón como lo que es; un sacramento, una fiesta, una celebración de la vida nueva que Dios nos regala en su misericordia. Pues a pesar de que hemos fallado al amor, no hemos sabido responder a su infinita misericordia, Él sigue siendo fiel y redobra la apuesta por nosotros. En nosotros vence muchas veces la soberbia, el egoísmo y la vanidad, pero el amor del Señor tiene siempre la última palabra. Él se hace fuerte en nuestras debilidades. Te invitamos a que te prepares para la fiesta del perdón y para recibir la gracia de experimentar Su misericordia.

2do paso: Acepto el Amor en mí mismo.

Mi conciencia no lo es todo. Yo no soy la última referencia de mí mismo ni de mi vida sino el Padre. Para celebrar la fiesta del perdón es necesario experimentar la misericordia y el abrazo del Padre. Hacer lugar al perdón no es negar mi pecado ni justificarme de algún modo, sino decírmelo a mí mismo y reconocer mi verdad, pero siempre ante la iniciativa de amor del Padre. El que no es capaz de misericordia consigo mismo, difícilmente será capaz de misericordia con los demás.

1er Paso: Dejo al Padre que me abraza.

El Padre es quién sale al encuentro del hijo que regresa y lo abraza. El Padre «primerea» en el abrazo, en el perdón. Tenemos que dejar al Padre ejercer el protagonismo de perdonarme. Es Él Padre quien ofrece el perdón, no es un mérito nuestro. En el evangelio esta actitud se refleja en la mujer que se pone de rodillas en la casa de Simón (Lc 7, 40).

Lucas, 7, 40

"40. Jesús le respondió: «Simón, tengo algo que decirte.» El dijo: «Di, maestro.»"

Dios nos ha amado cuando éramos pecadores (Rom 5, 8). Hay que dejar al Padre se dé el gusto de ejercer su amor.

Carta a los Romanos, 5, 8

"8. Pero Dios dejó constancia del amor que nos tiene: Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores."

Muchas veces los pensamientos severos y acusatorios que tenemos hacia los demás son un reflejo del modo como nos pensamos y nos miramos a nosotros mismos. Son expresiones que denigran y condenan en exceso nuestra miseria, fragilidad o pecado. Ello hace que no logremos sentir el amor que Dios Padre nos tiene. Debemos animarnos a sentir que allí donde abundó el pecado, sobreabundará la gracia. En nuestro interior Dios también ha dejado una huella imborrable del amor que nos tiene. Debemos animarnos a mirar más el proyecto (misión) que Jesús tiene para mí que mi pasado... «Cambia, ¡todo cambia! Que yo cambie, no es extraño»

3er Paso: Ofrecer el perdón a quienes me ofendieron.

La experiencia del perdón auténtico nos hace salir al encuentro de los demás. Necesitamos tener el valor de recomenzar. Es bueno traer a la memoria a las personas que han sido protagonistas, conscientes o no, de nuestras heridas. Los presentes y los que ya no están. Tal vez, incluso, sienta que tenga que perdonar a Dios por lo que no me dio en mi vida. En el corazón habitan las personas a las que queremos, que nos han hecho bien y nos han manifestado su amor, pero también guardamos en el sótano del corazón a todos los que nos han dañado. Es tiempo de liberarlos, de dejarlos ir. De abrir las puertas de la cárcel que tenemos en nuestro corazón para terminar el proceso de perdón que el Padre inició en nosotros.

